

Llámenme Ismael

Luis Armenta Malpica obtuvo el premio único de poesía en el Certamen Internacional de Literatura “Sor Juana Inés de la Cruz”, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2013. El jurado estuvo integrado por Héctor Carreto, David Huerta y Eduardo Langagne.

Leer para lograr en grande

COLECCIÓN LETRAS



poesía

LUIS ARMENTA MALPICA

Llámenme Ismael



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Eruviel Ávila Villegas
Gobernador Constitucional

Raymundo E. Martínez Carbajal
Secretario de Educación

Consejo Editorial: José Sergio Manzur Quiroga, Erasto Martínez Rojas,
Raymundo E. Martínez Carbajal, Raúl Vargas Herrera,
Fernando Muñoz Samayoá

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteche, Félix Suárez,
Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Técnico: Ismael Ordóñez Mancilla

Llámenme Ismael

© Primera edición. Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México. 2014

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Luis Armenta Malpica

ISBN: 978/607/495/333/6

© Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración
Pública Estatal CE: 205/01/32/14

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

*A mis sobrinos,
que se miran en el espejo
tratando de parecerse lo menos posible
a quienes aman*

Encuentra lo que amas
y deja que te mate.

CHARLES BUKOWSKI

Embestida

No me pregunto si todos
estos años hemos vivido
juntos
en páginas
distantes
un ojo
cerca
de otro
una muñeca
de otra
y este
filo
rasgando
la mirada
en un filme
surreal.

Y Dios creó a las grandes ballenas
es una letanía allá en el fondo.

Aquí mientras comulgo
aplasto con los dedos una hormiga
que se lleva mi repentino asombro
ante un jardín botánico:
risperidonas
haloperidolos
olanzapinas
aripiprazoles
que giran
e implosionan
al azar
mientras una columna de insectos
se abre paso
unos encima de otros
y sin piedad alguna.

Arranco algunas hojas
a mi viejo ejemplar de *Moby-Dick*.
Las suficientes para hacer un océano de papeles
en donde ahogar mis manos
vacías y desangradas
de una historia común.
No cupimos
en ella al mismo tiempo.
Esta ballena blanca
será escrita muchos años

después
de separarnos.
Conocíamos la trama del pincel y el cuchillo.
Pero aquí se dan cita la pluma y el arpón.
¿Qué hay de Dios en nosotros
cuando dormimos juntos
el hombre
y la ballena?

1

Alguna vez lo dije: lo que ocurra en los muelles
permanezca en las aguas.

Con lenguaje de señas, en clave
morse, en braille
o desarticulando las palabras
a cada remo, sorbo, golpe
respiración, se lo repito.
Los fuegos de San Telmo
en las arboladuras del Pabellón Rosetto
nos han llevado al patio. Al dique
a la alcoba de Helena. A los dioscuros
ojos que brillan con el plasma.

Con tres lenguas de fuego nombran al mismo
tiempo a todos los cetáceos conocidos:
belugas, narvales y yubartas
a marsopas, ballenas grises
orcas y piloto. Al comodoro Starbuck
quien vio luz en el mástil.

Pero esto no
es un río: Leteo, Rubicón
para quemar las naves.

Esto es el miedo.

2

Los miedos se han quedado en la tierra.
A mediados del hombre. Enterrada su faz.
Varados en la niebla del espejo (sin ti). Derivados
a toda la familia. Fascinados los unos
en los menos. Más miedo
si profunda
es la raíz
del ojo. Corroídos
por óxido de llanto
y las toscas escarpías
en la boca del hombre
cuando niega si ha comulgado
en éxtasis. Si ha comido a su dios.
Si debemos hablar...

Yo no utilizo miedos (como drogas).
Está en el mar
mi Dios.

3

Le decían Moby-Dick
y engullía a los pacientes
como el ogro de piedra (del bosque) de Bomarzo.

Pero llámenlo (Ismael)
con esa lengua ardiente
del desesperanzado (Billy Budd).

Arpones
que le atinan a ese mar
(de azulejos)
sin final ni respuesta.

Con la (indómita) luz media de los ojos
lejos del puerto
una lengua británica y hospitalaria
(el espigón más largo)
como un ahogado

comulga.

4

De las olas más quietas
(tan humanas)
emerge Moby-Dick.

Este dios imponente
camina por las aguas
con total displicencia.

Lo que tiene de mito
(entre los muelles)
de sagrado (en el bosque)

termina

por hundirlo.

5

Para comenzar (todo) de nuevo
hay que decirlo:
no existe Leviatán
si nadamos (de *crawl*) por la locura.

En las olas (de Dios)
existe un reino que ilumina la noche
(persistente). Oscuridad (acaso).
Ocaso que serena los sueños
(y los entierra)
más cerca de Nantucket
que de Melville.

En esa luz (que sobra)
de la espuma, en la salvación
(de los pacientes), salvación en azul
lejos ya (del naufragio)
 él
comulga.

6

Las ballenas

—los dragones del mar—
se extinguieron en el Bosque Sagrado de Bomarzo.

De sus piedras
hicieron basamento de otros monstruos
lápidas para la estirpe Orsini
o camino a la casa inclinada de Farnese.

En su nave central
hay unos ojos
(fósiles)
que atestiguan que no era una espada
sino el arpón en fuego de San Jorge
lo que acalló su canto.

Tiempo después un niño
se envenena con la inmortalidad
y transforma
en cetáceo.

Y por sus propias lágrimas
se alejó de los bosques.

Ni así perdió su giba.

7

Llámenme Ismael, pero
en silencio. Mi nombre real
es blanco
de burlas y de arpones.

Si lo hacen en silencio
no
me importa.

Así escucho a los ángeles. A Dios.
A quien (pacientemente) aguardo con la quijada abierta.
Aunque mi cuerpo es grande, de eslora y emociones
y pese a que hago fila (en este embarcadero)
hacia la noche (tartamuda)
yo

comulgo.

8

Mi nombre tiene una letra (muda)
en el principio. Y al principio también era la luz
y el caos
entraba (por los ojos).

Olvidaba los verbos que no tenían que ver
con la piel más amada.
Cada puerto era un hombre
(como yo).
Cada vez más distinto
(y paciente)
como aquel que comulga
adelante
de mí.

El de atrás lo persigue con un arpón en mano.
Corre sin pantalones y sin ganas.
Grita y grita Ismael. El enfermero
es sordo. Como yo
(la tiniebla sin *ti*)

mudo como la letra del hospital
británico
en cuyos azulejos se estrellan otras olas
y el verbo
se hace carne. Hombre, por fin

con esa misma letra
que nos une.

9

Lo vi dejar la ropa y su inocencia
en ese cuarto (blanco) del Pabellón Rosetto.
Lo vi doblar su nombre
entre los labios.
Lo vi doblar las manos
y caer
(y caer
en ese mar insomne) de la vida
sin mayor asidero
que su propia zozobra.

Lo vi con los ojos cerrados
y la boca cerrada.
Lo encontré maniatado todo
el tiempo. Amordazado
yo
con esa misma sogá que el amor nos impuso
cuando se acabó
(todo).

Entonces escuchamos el canto
de la ballena blanca.

10

Aunque prefiera las voces masculinas
y templadas, tipo Britten
él dijo: Jessye Norman.
Dije: Mado Robin
y deliramos.

Luego dieron las tres
y la sola botella de tequila
quedó sobre la mesa.

Nos dimos un último apretón
y dejó boquiabierto su teléfono:
una línea ocupada fue el único horizonte.

No hubo rastro de Dios
ni de quien
maniataba las preguntas.

La noche cayó calladamente
(cinta canela en vilo)
con sus anclas de llanto.

Él dijo: llámame
Ismael. Y enloquecí
(en silencio).

Tengo un sobrino que se llama Ismael
de una estatura inmensa
y corazón tan blando
como el cuerpo del hombre
a quien mata el amor del semejante.

Estudia para médico forense
y no encuentra su sitio todavía.
La autopsia es un destino
en donde hunde las manos
con más curiosidad que desencanto.

Entonces en las aguas de Conchán

(verano 1978)

no había un regalo para las gentes de Villa El Salvador
pobres entre los pobres.

Y hallándome en días tan difíciles
no podía alimentar a la ballena que aún no me albergaba
porque no había nacido mi sobrino.

En cambio, lo recuerdo
busqué una habitación en otras aguas
aunque ahora me arrepiento.

No hay nada como ver a través de un periscopio
situado muy adentro de una ballena blanca
que agoniza en las playas de Conchán

mientras nace un sobrino que habrá de rebanarla
para sacar aceite
y hacer más luminosa la pobreza del pobre.

12

El destino de las sombras no es

el silencio, sino la luz.

Los hombres requerimos de un recuerdo para hacernos
de palabras y decirle mundo
al mundo, respuesta
a la pregunta, suposición
al ser.

El cielo nos cobija de abandono y en las nubes
no cabe un muerto más. Son
el vivo reflejo de los hombres
en tierra. Nadie avanza
con su propia memoria. No hay impulso
gravedad en la huella
sin la raíz de todos. Acaso
algún destello que nos hace situarnos
frente a la inmensa noche de los días: adivinar
un sol en la mirada de quien amamos
tanto.

13

Está lejos de casa lo que miro
sin candados
me duele.
Son las olas negrísimas de un paisaje
interior
por el que no deambulo
más allá del desvelo.

Cuando cierro los ojos
apaciento cetáceos
y pongo los arpones
bajo llave.

Sólo hay una ventana
que reconozco
mía.
El espejo
de lo que ya olvidé
detrás del canto.

14

La gente que ha pasado
por su cuerpo
lleva un olor a cal
en las heridas.

15

Estoy hecho de la belleza cruel
de amar entre los hombres
los lugares comunes.

Hago en los mismos pasos
un círculo distinto.

Esta resaca y yo nos entendemos
detrás
de la memoria.

16

En la sal imposible
que hace del hambre un verso
puedo escribir sin dios
sólo si Dios me dicta.

17

Estoy que me deshago

de todo

lo más mío

para volver a casa.

18

Por fin

dentro de mis costillas
de esta carne tan blanca y tan inmensa
como la luz del día
encuentro mi descanso.

19

Oh, capitán, mi capitán
signan los marineros con su brazo.

En el abrazo dejo las náuseas
que me produce el buque
con su verga de encino.

Si no, ¿cómo mirar al hombre
de una estatura idéntica a la mía?

En el seno de los hombres pacíficos
hay un crimen

pendiente.

20

Mi sobrina usa argollas de pirsin
sobrenombre y tatuajes.
Me regaló un pendiente cuando nos conocimos
y todavía se cuelga del bolsillo.

Nació en algún islote imaginario
(los sitios de verdad no aparecen en mapas)
y utiliza el arpón como si fuera
un cetro.

En una jerga extraña
decía sax, sex o six (siempre cerveza oscura)
y me abrazaba, se pegaba
a mi frente y apagaba la luz con el sordo soplido
de aquellas ballenas de Nathaniel Tarn.

Por ella estoy a bordo
de esta blanca locura que llamamos la vida.

Pero a veces escapa (dichosa
esquizofrenia)

y suena en mis oídos todo lo ancho
del miedo
(letanía gregoriana del estilo John Cage).

Ya le dije que no puedo escaparme sin su apoyo.
Le he dejado una almohada (blanquísima)
que llamo Moby-Dick...
entonces yo la abrazo, me la pongo en la frente
y recito los versos del capitán
mi capitán.

21

Le decían Moby-Dick

(como si fuera la obra de Herman o de Herrmann)

y envolvía a los pacientes

con esa blanca bata

de su cuerpo.

Pero llámenlo Ismael

cual si estuviera en coma

(atrapado en la película del checo Miloš Forman

o en la de Michael Crichton).

Dos puntos (en el cuello) y enseguida

la lluvia es un océano vertical:

un arpón, una estaca.

Los sobrinos asisten al concierto de Fabulosos Cadillacs

y en la noche, sin luna

se agarran a almohadazos.

La calma prevalece entre los ojos
que me observan

mirarlos si comienzo a escribir
(novela + partitura).

Pero bajo sus nombres (ya desnudos)
se forma otra tormenta.

22

Para empezar de nuevo
hay que decirlo
(como si fuera un verso): no existe
Moby-Dick.

Sólo soy
Ismael

(yo es otro).

No me sé el nombre en latín del cachalote
pero lo reconozco en la espuma
de los objetos diarios.

Por la música que toca el hospital, pudiera ser de Westgaard
de Sainon o de Mennin.
Desconcierto de Zax, Led Zeppelin, Nirvana.

Por la pendiente de mi razón escucho que el agua se estremece
y marchita en el desliz
y acecho
del cazador furtivo.

Por la corteza de ese nombre corre un río:
lo he dragado de miedo
lo he circunnavegado en hiedra
y ruda y pasionaria
mi voz y yo seguimos
como dos horizontes, total y largamente a la deriva.

En las astillas le reclamé los gritos por el fuego.

En el mástil, el viento que me asfixia.

Porque si canto, grito; porque si escucho, me oigo tan adentro
que a veces reconozco que no salí del agua.

Ese río tampoco tiene nombre.

Es la respiración de un dios desconocido.

24

La llegada de un nombre de tan lejos
puebla de grandes rayas los temores.

Zarpa un arpón en lo profundo del Atlántico
y la manta se apersona y agita
despiadada de sueño.

En la caza mayor
tiene su propio sitio

:

doblemente rayada

doblemente asesina.

La raya no es del agua ni del aire.
Se reconoce nada más por su herencia
y en su doble se esconde una hemorragia.

En el cepo del semen
cayó en su propia historia.

En las heridas, la sangre fue paréntesis
de una orca.

En el vuelo, una presa inhumana.

Ahogada de tan húmeda, en el aire.

Y seca en lo más íntimo de la orca.

Esto, amigos, no dicen los rugidos que da la orca.

Lo dice el cachalote cuando canta.

Ni Dios sabe los límites

que impuso a las ballenas al darles toda el agua.

Si es (la sangre) llevada por el nombre

o va causando el río.

Dios —lo sabemos— miente.

No hay agua dios

paréntesis o rayas.

25

Déjame que te cuente cómo lo hallé
en el agua
en el centro del agua
donde el agua es bastante.

Entre ese torbellino de blancura
a flote apenas
cobijado en lo blanco
un canto de ballena naufragaba en la sangre.

Mis grandes, torpes dedos
la tomaron
cual si de una mujer fuera ese frío.

Habría sido una astilla o su sueño de lirio
quienes la contuvieron
tal vez la arborescencia del plancton, algún injerto
pendiente de sutura
una lluvia fugaz fuera de un buque
una nota de música...

Nunca sabré si el canto permanecía en el agua
por un deseo de ahogarse o por supervivencia.

Lo tomé entre los dedos
y el agua hizo en mis labios una costra.

(Ahora que estoy viejo y lo contemplo
en su silueta blanca se recorta mi vida.)

Ese sollozo frágil deposité en el agua:
mis dedos
de inmediato
no sintieron más frío.

Bastó un soplo de canto en el lamento
para ensanchar su viaje.

Todo volvió a como era en el comienzo:
no hubo más horizonte que el espejo del agua
y una lejana, extensa manta blanca, de un rojo femenino.

Ésta es la paz a la que el ojo mide
y el corazón apunta
con su tesón de arpones.

26

Si Dios no se moviera, qué sería de las orcas que las aguas se llevan
distantes de la casa
de mis padres, de mis pequeños dedos
qué de las hojas secas que abandonan el árbol
de su infancia primera
qué de la luz en humo sosegada.

Eso sería morir: dejar secos los barcos
desmemoriado al hombre, sin más
sombra el instante.

El canto
de ballena es la sombra del niño.

Al Dios que sueño
pido
que me deje dormir algunas —muchas— horas

pero que nunca deje
de moverme.

27

Es tan sencillo, a veces, que hablemos de la sangre
los dioses y la desesperanza
que uno va hacia la luz y corre grandes riesgos.

Nos vamos extendiendo por el polvo
como si por el polvo diera vueltas la tierra.

Olvidamos
que beber era una acto supremo
desde antes de que existiera el agua.

Los peces no lo olvidan
porque no habita en ellos la creencia en los vasos.
Sólo nadan su sed y en ella existen.

Nosotros intentamos
hacer de los arroyos alguna consecuencia del camino.

Pero entonces los otros atienden el murmullo de su especie
e inventan buque y puerto.

Intuimos que la paz se forjó en nuestras leyes
que el mundo en el origen era el caos.

Pero entonces las olas
ya tenían ordenado sencillamente el mundo.

Nos quedan, pues, la sangre
los dioses y la desesperanza como signos humanos.

Nos queda, quedamente, alguna manta blanca
(hospitalaria, indómita) que nos cubra los ojos.

28

Le digo capitán, pero es como un hermano
mi tocayo de sangre, mi pariente
de sed. Somos del mismo
sexo. La compulsión
de un buque
de vapor
que abandona
Nantucket
igual que algunas veces
dejamos en naufragio
a la tripulación amotinada.

Ahora es su turno. Le creció
un cachalote en la cabeza
y lo tiene varado, lejos
de su familia
y tan lejos
de la blanca
esperanza

que da
el catolicismo.

Digo buenaventura
pero mi capitán no conoce
otros mapas.

Aprovecho esta lluvia
la *Sinfonía del mar* (de Vaughan Williams)
para buscar a Dios entre mis sienes.

Ni en la cartografía de *El holandés errante*
se aparece. Tal vez ha resbalado
de mis dedos.

Será que es el fantasma (de Wagner) que deambula
con esa bata blanca del insomnio.

29

El gran pez
de la lágrima
aflora
hasta la superficie
del mar

muerto.

Del vellocino

de los vapores bajos
y hasta el alba rosada
de su ascenso
nadie vio
en aquel marinero
una mueca
que falseara su rostro.

Se fue con la sonrisa
de cura (pacífico) católico
que separaba un pleito
entre irlandeses.

Ni motín
ni homicidio
(dijimos).
Un bárbaro que todos
esperábamos
(dijeron).

Era un ángel
(me dije).

Desde entonces
con ésta mi voz blanca
me lanzo al abordaje de nuevos
marineros (bonitos)
gritando (atlántico y profundo):
Billy Budd... Billy Budd.

31

Hoy ha salido el sol
en mi cabeza.

De Moby-Dick
no hay rastro.

Mis sobrinos lo saben.
Y lo sabe Ismael.

Dejo la bata blanca
en el muelle más próximo.

Ni motín ni homicidio.
Billy Budd... Billy Budd.

32

Cual si fueran de lejía las olas
el esqueleto de la playa se blanqueaba
parejo.

Y aparejado en sus orillas
el albatros de Baudelaire
tropezaba sus pasos con la lengua.

Colocamos su locura en unos botes plásticos
para que no flotara

inconsolable

a la deriva
ese pájaro alcanzó su altivez
al caer de la tabla.

El quirófano se quedó en santa paz.
Aséptico. Tan plástico
que cerramos los ojos para que

no doliera

(santa paz)

su blancura.

33

Los que no me conocen...

Dicen que hago escritura de los árboles
y prefiero el silencio del ave al estrépito humano...
que si en algunos rezos deposito mi fe
con incredulidad devuelvo las palabras
que no llegaron junto con las olas
de la sangre más íntima.

A las astillas secas no hago lumbre.

Piensan que escribo siempre
de lo mismo
estas cosas comunes
sin escándalo
como si hiciera falta mayor provocación
que la sola existencia.

Ante los libros de otros no soy ciego.

Aseguran con énfasis que en el siglo veintiuno ya no se debe citar frecuentemente y menos hacer sitio a la familia excepto que hayan sido abatidos por nuestras propias armas y nos llamemos Kevin Hannibal Lecter o John Claggard.

Bajo tales premisas prefiero leer a oscuras.

Se genera en las redes sociales el acoso textual sin más carta en la mano que encontrar deleznable a Peter Pan si Garfio está de moda.

(Cabe la reflexión con estos argumentos contra quiénes se escribe... de qué vanguardia hablamos... desde cuál perspectiva...)

En el Nunca Jamás de la poesía (entre lo que inquirimos y hacia donde volamos)

hasta cuándo se animará algún crítico
a ponerle la campanita al tigre
para empezar el diálogo...

Por el contrario
(según lo que he leído)
so pena de parecer antiguo
nunca hay jamás en la palabra tiempo.

Aseguran que en el cristal humano
las arenas del libro no dejan de caer
como las hojas.

Sin conocer bastante a quien no me conoce, cruzo su nombre
al mío.

¿Piensan así los libros en el hombre que leen?
¿Es su pulpa tan segura y flexible
como los comentarios que podemos hacernos
de todo lo ignorado?
¿Vale la pena desancorar las dudas
si el silencio es el viaje?

Sobre lo ya expresado, resta elevar las velas.

Dicen que se navega a solas en la sangre
y es común a los hombres
agolpar las palabras en esa breve carta
de larga despedida.

Tras otro árbol oculto tantas preposiciones.

34

Abandono el *Pequod*

con un amor (indómito) de padre.

En el *Albatros* no saben de la ballena blanca
ni de la morsa de esqueleto blanqueado
por el mar de lejía.

Todo lo que pregunto es una ofensa.

El capitán Ahab es una ofensa.

La poesía es una ofensa.

El *Albatros* se posa en su madera
hace un nido más cómodo
del que haría entre los árboles
y se queda en silencio.

No encallarme con él
alza mi vuelo.

De regreso al *Pequod*
el capitán Ahab me recibe como a aquel hijo pródigo
del que nadie conoce ni su nombre.

Pero llámenme Ismael
dice el mar a lo lejos.

Oh, capitán, mi capitán, cuyo nombre es blasfemo.
Si no fueran las olas de jabón
comulgaría.

35

Hoy cerramos un mes en la bitácora.

Es el día del diagnóstico.

Abro un ojo. Lo cierro.

Lo abro para saber si el otro está cerrado.

Compruebo que no veo.

Que no hablo.

Y el silencio es un ojo que me observa.

Lo siento a mis espaldas

clavado como arpón.

Abre mi carne.

La cierro de un quejido.

No escucho a alguien entrar.

Le he escondido las llaves en el cuarto de máquinas.

A babor alguien entra: pareciera una morsa.

A estribor, un albatros.

Y el silencio es la mano que me cierra los ojos.

Es mi hermano tan negro como Quiqueg, caníbal
quien parece beber y mecerse conmigo.

Una fuente de espuma que muestra sus dientes puntiagudos.
Adelante, adelante, volamos
alcanzando altamar.

Es mi padre tan blanco como el mar de lejía.
Oh, capitán, mi capitán, aquí está el demonio.

Y el silencio es la mano que levanta el arpón.

Pero Quiqueg no mata animales pequeños.
Quiqueg mata ballenas.

36

Y Dios creó a las grandes ballenas
a semejanza suya.

Por eso dicen que Dios aprieta
pero no orca.

Y semejante mar, hipócrita lector
es la ballena.

37

Abro la mano para contar mis dedos
sentir lo que dejaron escapar
y agoniza en el piso.

Un pececito blanco
(apodo de su tía)
ha circunnavegado las líneas
de la mano a la voz
desde adentro
hacia fuera.

Cierro una puerta más.
Olvido que la llave
se resbala.

Me trago las palabras
(como en una oración)
las dosifico
como si fueran píldoras
y me persigno

y duermo
sin temblores ni asfixia
entre mis puños.

Como mudo testigo un ballenero.
Su capitán, sin pierna.
Los marinos, sin voz.

Y es el mástil una imponente horca
de la que (solo) cuelgo.

38

Los cantos de la ballena blanca
se funden (me confunden)
con unas campanadas
a lo lejos.

Hay muchas catedrales sumergidas
en Pabellón Rosetto.

Pero yo oficio aquí
donde mis ojos abandonan sus peces
a orillas de Nantucket.

Hay muchos pabellones dentro
de Moby-Dick.

Ninguno, sin embargo, tiene una lengua
viva. Las orcas
han trabajado bien.

Sombra y luz de mi oficio
cuando guardo silencio.

39

Para descuartizar a un cachalote

los expertos deben cortar primero su cabeza.

No es tan fácil

hallar dónde comienza el cuello:

breve lugar del canto

de notas tartamudas

que son una explosión de burbujes.

¡Que los demonios te estrangulen!

es frase favorita del doctor

que me persigue

cual barco ballenero.

Y estamos al corriente que incluso los piratas
nos desdeñan.

Para ellos no hay valía en vencer al Leviatán

que es todo grasa.

No entienden la asechanza de los sueños
de un fantasma
del corazón humano.

Al tranquilo, al hospitalario, al modesto ballenero
le niegan el saludo.

No pierden la cabeza ni los sueños
en viajes sin retorno.

40

Se encuentra en el jardín
su rebaño de piedras.
¿Es Rosetto o Rosetta
en donde se descifra lo que pienso?

Vengo de comulgar
burbujas de lejía
que me dan vida eterna.

¿Esto es el éxtasis
tomar alguna piedra (preciosa)
colgármela en el cuello
y saltar

al vacío

de la mirada?

41

Dejé de ver el centro de tu rostro
por ser la boca inmensa
que se tragaba el bosque.

Dejé de ver el bosque
para perder la fe
en la trascendencia.

Dejé de verlo todo.

Pero el mar sigue

allí.

42

Hoy se fue mi sobrina
a las profundidades
de mis venas.

Me inyectaron su voz
como un recuerdo
falso.

La he sentido correr
arañazo y burbuja.

La soledad es una superficie
inmune a los arpones.

Duele más la mirada
que no partió
con ella.

43

El paciente vomitó al tercer día
(y cuarenta días más)
una lista de nombres de cetáceos
por él desconocidos.

Belugas, narvales y yubartas
se adueñaron de piletas y vasos.
No se podía beber
sin mojarse las barbas
con rorcuales.

Entonces el psiquiatra
los puso todos juntos
y cerró el expediente.

Para unos pudo ser una novela.
Para otros era música.
Un episodio bíblico.

El paciente podría haberlo contado
a su manera.

Pero mordió su lengua
con un vocablo doble, casi definitivo
(como réspede)
que le salvó la vida:
Moby-Dick... Moby-Dick.

44

Esta ciudad se inunda sin Consuelo.

La hermana de mi padre abandonó la playa de Conchán
completamente a oscuras.

Una estela de barcas
pobres entre los pobres
le abre paso.

Sin que mueva las aguas
nuestra sed
no es la misma.

Así reconocemos su trayecto:
regresando en silencio
por donde existió el canto.

45

La baba de dragón
el ámbar gris
que antes especió el vino
no era desconocido en nuestro barco.
Incienso de los turcos
perfume en la carta para Clarice Starling
que firmó Hannibal Lecter
en Florencia, muchos años después
de los Orsini.

Yo lo uso de amuleto
contra las epidemias
(según lo recomienda el caníbal Quiqueg).
A la manera de Leviatán
lo frote en la cabeza del monarca
británico (tan poco hospitalario)
y tiento con su aroma al redentor
con tal de recobrar mi paraíso.

No existe el cementerio de ballenas
pero basta mi fe para matarlas.

46

Muerdo mi brazo
la mano que me da de comer
el dedo que me apunta.

Muerdo mis uñas
hasta probar la sangre
noble de los Orsini.

Abro la boca
para tragarme el bosque
el mundo entero.

Y para ellos no soy
sino un ogro
de piedra.

47

Muerdo los largos fémures
del pirata contrario.
Lo dejo a la deriva
de su propia crueldad.

Le toca descubrir
(luego de tantas islas)
lo que enterramos juntos
dentro del cachalote.

Él dice Billy Budd.
Y yo digo Jonás.

Ambos nos confundimos.

48

Al remover los intestinos del cetáceo
en busca del grisámbar
leemos el futuro.

Aparecen los fantasmas en blanco
y las sombras oscuras
que comparten resaca.

Aparece el alcohol que sustituye
los perfumes. Las naves
de Japón y de Noruega
que no cumplen las cuotas de captura.

Aparecen las suelas de zapatos
pero ninguna huella de la ballena blanca.

Ha desaparecido. Tal vez
porque dejamos de perseguir sus sueños.

Ha desaparecido, como Dios
quien no ascendió a los cielos
ni regresó al océano.

Esto te mando en una carta
mi querida sobrina
porque quisiera verte
(qué grandes ojos tienes)
para comerte a besos.

Y si no la respondes
nunca conocerás
esa piedra preciosa
(el estelión más largo)
que no puede leerse
fuera de mi cerebro.

Nunca podrás probarla
mientras viva.

49

En verdad cualquier hombre mataría a una serpiente
pero sólo un Perseo, un San Jorge, Hércules o Visnú
doblega a Leviatán.

Comparto los blasones del primer arponazo
y conozco la tierra donde Jonás zarpó.

Allí está el esqueleto
blanco (por la lejía)
de ese dragón del agua
que relata Ezequiel.

Una mezquita, casi
donde una hermosa lámpara ardía
sin aceite.

Así hacemos los recios balleneros
de Nantucket.
Así arderán Perseo, San Jorge, Hércules o Visnú.

50

Esa ballena que huye (a mil brazas) bajo la luz del sol
lanza chorros de niebla en el Canal del Eire.

A cada lado de su espinazo se encuentra el laberinto cretense
sus tribus escamosas, sus pacientes
fantasmas.

A quien llaman Ismael también respira agitado
(unas setenta veces) con la boca cerrada
en Pabellón Rosetto.

Necesita del aire incluso
cuando duerme.

El cachalote no va a la superficie para tomar el aire
para lanzar sus chorros vitalicios
y cubrir de vapor al ballenero.

Emerge, como un Dios
para encontrar al hombre
y destruir sus obras.

Después de un coletazo níveo, resplandeciente
restará la neblina. El fantasma
paciente

volverá por más (aire, supervivencia)

con el agua en los ojos
que, dicen, puede causar ceguera.

51

Quien vuelve de su sueño, si respira
no se retuerce nunca. Se enfrenta a sus iguales
de cabeza. La cola es para el hombre
(por su inferioridad). También en eso
la ballena es un Dios.
No le vemos el rostro, pero qué bien
golpea cuando exhala. No
lo vemos
de frente, aunque de un coletazo
nos lleva a los abismos de su reino.
Donde la gloria es agua
el hombre no
respira.

52

Con una vara verde
recorro las costillas de la bestia.

Dicen que es imposible
conocerla por dentro.

Igual paso los dedos por sus clavos
como hiciera Quiqueg con su ataúd.

Para él ahora es un cofre
donde guarda la ropa y sus doblones.

Doblo así mi temor
y recorto las barbas de la muerte.

Aunque verde es la envidia
de quien dice: “con la vara que mides...”.

53

Dar en lo blanco

aun antes de que exista

la hoja

animal sin orillas

como el cielo

filoso atardecer que enrojece

las manos

cuando escribes

“dar casa” a la ballena

y

entonces

vive

junto a ti
toda la eternidad.

54

La austera luz de una lámpara de aceite
otorga realidad a estas palabras: cabeza
aletas, cola. Resoplido y vaivén
en donde contemplamos aquello que no somos
y apenas se insinúa. La sangre
con sus oleajes bíblicos
y ese nombre que se enquistaba y florece
detrás del cerebelo. Arácnido
derrame de petróleo
a punto del incendio. Y sin embargo
llegados a este punto
es un faro doméstico, apacible sonar
que nos alerta de aquella otra palabra
menos hospitalaria (si británica)
que nos muerde la lengua.

A horcajadas, decimos
Ismael.
Carcajadas de la orca que se mantiene
a oscuras

(en un derrame interno)
y nos contagia
su bullicio infernal.

A mordidas nos decimos
amor. (Di. Das.)
Nos entregamos a esa fuente de luz
en que chorreamos.

Sin un manto de sombra
sobre el cuerpo
nos volvemos fantasmas
apacibles
en espera de un fósforo.

55

El mar es un espejo.

Si te devuelve la imagen de una orca
no pretendas cazarla
sin arpones.

Si sólo ves fantasmas
no le quites la sábana al vecino.

Si te miras
de frente
reza toda la noche
para que no te ahogues.

Otro
yo
podrá apagar las llamas
desde adentro.

56

Hace meses falleció la tía Paz
y consuelo después
nos enteramos.

Y que Ismael conocerá Japón
por travesía marítima.

Y una espera se ahogó
en el íntimo mar
de mi sobrina.

Todo esto ya fue escrito
en el lomo de *Moby-Dick*
(de Melville).

Sin embargo (recuerdo
a Galileo): “Y todavía
nos mueve”.

La ballena y el mar
no son iguales
y son
el mismo blanco
que todos recordamos.

No se han muerto mis tías
ni se perdió un sobrino.
Ismael, en su viaje a Japón
irá por ellos.

Cuando alguien muere
a ver si ya por fin
nos enteramos
queda más cerca de uno.

57

El cachalote arrastra en su locura
a quien lo nombra.
Si callamos, en la sal de la sangre permanece
como navaja intacta.
De la blancura ciega de su cola
no hay modo de apartarnos
pues la muerte hipnotiza.
Giramos la cabeza
a babor y estribor
negándolo tres veces.
En el cuarto (de máquinas)
el capitán, mi capitán, confirma
que alcemos el arpón contra los dioses.
Escucho (adentro, muy adentro)
que el espigón más largo
se abre paso
con sílabas ruidosas
hacia quien esto
escribe.

58

La persona que firme este diagnóstico
no será la culpable de mi huida.
La enfermedad, me dicen
puede apenas mirarse
entre los sueños. La sombra
de una almohada
que Billy Budd coloca firmemente
para acallar mi cuerpo.

Le dejo a mis ausentes todo el canto.
Mi grasa, al enemigo Ahab.
El aceite, a los buitres.

Sólo pido que si baja un albatros
buscando mi grisámbar
por hermandad de bestias
lo destrocen.

Alto morir al fondo de uno mismo
lejos de puertos, buques, hospitales

ciego y loco...

¡esto sí es vida!

59

No se quema el *Pequod*

en la historia de Melville, ni aparecen
fantasmas de estetoscopio al pecho.
Pero así como adquiere la navaja al asesino
llega el fuego a los ojos
y su final a Dios.

Para ser un patriota (como diría Lizalde)
me rebano la lengua antes que permitírsele a las orcas.
No les diré mi nombre, pero
llámenme Ismael... y después salgan
corran, como las ratas
huyen del buque que zozobra.

Con espuma en la boca
confesaré mi nombre (hospitalario, indómito)
a quien quede varado en mi lecho
encendido. A quien comulgue
en éxtasis.

60

NO ME PREGUNTEN si esta novela es real
o quiénes la vivieron:
los que estamos
cupimos en la vista
pese al cuarto
vacío colindante hacia el otro
jardín. Hibiscos como jóvenes
rebeldes que recogimos, chupamos y dejaron
limpias gotas de orín
debajo de las sábanas. Lirios
de tallo duro y orificio cremoso. Perlas
de raíz infecciosa mas benigna
sin daño en los riñones.
Nada que ver con el reino de Fungi
ni el dragón de Komodo.
Entonces desearía
que mi garganta seca revelara
una historia
a la vez
.

Aunque es
mentira. No
venimos del agua
pues las olas recogen
sus lindes como una
idea sin fruto: rocío
que es la nube
y la sal

.

Nada
como una idea
nos devuelve a la flor
sin miramientos
cuando el engaño
es no ser
fruto

.

Nada

.

Porque
somos de barro
nos hundimos. No hay
cáliz que nos salve
de morir

.

Anterior
al suicidio
una sola palabra
se desangró en la mesa al aplastarla
bajo el peso amoroso de mis manos. El café
levantaba su aroma como un testigo falso
con sus alas violentas y estorbosas. Buitres o escarabajos
que se veían venir detrás del desayuno. El silencio
desollado de una conversación abierta
en canal, con el amor en víscera
latente y testarudo como ese golpeteo
de una nota en el piano. Espejo
en el espejo. Árbol
par

.

Unos
cuantos minutos
faltaron en la alarma
que despertó la voz de la conciencia.
Esos pocos segundos me quisiste
matar igual que el tiempo. Con los pasos
escribo la blancura del destino tan breve. No con los dedos buenos
para la música
y no para
el silencio. Tiersen o Michael Nyman
también habían caído (ellos

tan suavemente) poco después que tú. Y como yo
no estaba
se dicen muchas cosas
que no hacen más que unirnos. Al azul
del cabello se asomaron tus ojos
con su golpe de azul
y su sangrado.

Vacía
paternidad
cuya dolencia dejó
sus cicatrices
en los escarabajos y los buitres
pero nunca en nosotros.

Mucho menos
en ti

.

No
me pregunten
si conocía el final:
lo que no tiene nombre
son las explicaciones no pedidas
cuando ni con piedad se consigue
desvanecer lo que un autorretrato apunta
con su fecha y su firma, sus rojos
sus azules en lo más blanco
y negro de esta historia.

Rimas de otro
verano por la tarde
sin rocío ni
piedad
.
No
tarde
para un diario
sino en el golpe
justo
como injusta es
la muerte que viene
y trae tus ojos
azules
en el cielo
que nos ciega
y consigue
que escondamos los lentes
y miremos por dentro
en los rojos latidos
lo que nos adultera una sola palabra
si rima con infancia
no con mamá
con
mí
.

Go
lpe atroz
este piano
la mano suavemente
en la mejilla inerte de la calle.
Nyman y Tiersen sordos
distráidos
peatones
que no te ven
caer
como los buitres
y los escarabajos que ocultan
tus cabellos azules y tus ojos tan rojos
y esta sed por decirnos los pendientes
abrazos, las ausencias totales
que dieron por respuesta
una historia
a la vez
.
Caer
de liberada mente
como un arpón
deja la mano
el impulso
la sien
.

Caer
en cuenta
ya demasiado
tarde
que no hay cuartos
ni pisos
hibiscos o jardines
que detengan
la mente
(lamentable)
si
cae
.

Coletazo

Con un chorro blanquísimo sepultado en la vena
así comienzo todo (de nuevo), hacia mi cuerpo
el menos visitado, lo que no conocí
antepalabra
de tu nombre y su canto, animal protegido
de púas
muriendo en la garganta. Lengua
rota
con ojos tartamudos, en esquiras
de hueso
y camisa de fuerza. Éste
soy. El que nada
hacia fuera, con sus alas cubiertas de salitre.
El que todo
ha mirado desde la disyuntiva del trance y lo deforme.
Un yo provisional. El que nada
hacia adentro: a la tormenta oscura del Pabellón Nantucket
en el buque *Rosetto*. El que nada
con jóvenes blanquísimos, dos
pacientes vigías de mi transpiración, en chorros

en un flujo sanguíneo
que me saca del mundo y me regresa al mar, a la infancia
al lar de mi cabeza
comprimida
en la que Dios inserta un bisturí, una aguja
una púa de su mano que es la mía
y se extiende, aracnoide, como una marea roja,
un quiste, un tumor cerebral
un cruce de caminos entre lo que recuerdo y lo que ya no vivo.
Mi mano bendecida por el fuego que la fe provocó
se zanja en la ballena que perseguí por años. Se sumerge
en sus costillas vivas, catedral de mi boca, en la arena
volátil del dolor y sus múltiples playas
sin pescador alguno.
Éxtasis de mi boca
este azul
que respiro
(comulgo)
y me hace
creyente
de este
mar
que soy
la mar
sin la
tabla

de los diez
mandamientos
golpeándome
pegándome
con su *crawl*
con su crack
con su no
sé
qué
pasa...
con su no sé...
(con el que fueron creadas las ballenas).

NOTAS FINALES

Mi reconocimiento para Margaret Atwood, Piedad Bonnett, Antonio Cisneros, Eduardo Lizalde, Herman Melville, Héctor Viel Temperley, Walt Whitman y todos aquellos que fueron convocados en la alucinación de la lectura.

Mi admiración y cariño para Guillermo Fernández, quien aparece nuevamente como un fantasma hospitalario y cuyo crimen no ha querido ser investigado por las autoridades correspondientes.

Índice

	Embestida	11
1	Alguna vez lo dije	14
2	Los miedos se han quedado en la tierra	16
3	Le decían Moby-Dick	17
4	De las olas más quietas	18
5	Para comenzar (todo) de nuevo	19
6	Las ballenas	20
7	Llámenme Ismael	22
8	Mi nombre tiene una letra	23
9	Lo vi dejar la ropa y su inocencia	25
10	Aunque prefiere las voces masculinas	27
11	Tengo un sobrino que se llama Ismael	29
12	El destino de las sombras	31
13	Está lejos de casa lo que miro	32
14	La gente que ha pasado	33
15	Estoy hecho de la belleza cruel	34
16	En la sal imposible	35
17	Estoy que me deshago	36
18	Por fin	37
19	Oh, capitán, mi capitán	38
20	Mi sobrina usa argollas de pirsin	39

21	Le decían Moby-Dick	41
22	Para empezar de nuevo	43
23	No me sé el nombre en latín del cachalote	44
24	La llegada de un nombre de tan lejos	46
25	Déjame que te cuente cómo lo hallé	48
26	Si Dios no se moviera	50
27	Es tan sencillo	51
28	Le digo capitán	53
29	El gran pez	55
30	Del vellocino	56
31	Hoy ha salido el sol	58
32	Cual si fueran de lejía las olas	59
33	Los que no me conocen...	61
34	Abandono el <i>Pequod</i>	65
35	Hoy cerramos un mes	67
36	Y Dios creó a la grandes ballenas	69
37	Abro la mano para contar mis dedos	70
38	Los cantos de la ballena blanca	72
39	Para descuartizar a un cachalote	74
40	Se encuentra en el jardín	76
41	Dejé de ver el centro de tu rostro	77
42	Hoy se fue mi sobrina	78
43	El paciente vomitó	79
44	Esta ciudad se inunda	81
45	La baba de dragón	82
46	Muerdo mi brazo	84

47	Muerdo los largos fémures	85
48	Al remover los intestinos del cetáceo	86
49	En verdad cualquier hombre	88
50	Esa ballena que huye	89
51	Quien vuelve de su sueño	91
52	Con una vara verde	92
53	Dar en lo blanco	93
54	La austera luz de una lámpara de aceite	95
55	El mar es un espejo	97
56	Hace meses falleció la tía Paz	98
57	El cachalote arrastra en su locura	100
58	La persona que firme este diagnóstico	101
59	No se quema el <i>Pequod</i>	103
60	No me pregunten si esta novela es real	104
	Coletazo	111



Llámenme

Ismael, de Luis Armenta

Malpica, se terminó de imprimir en

xxxxxxx de 2014, en los talleres gráficos de xxxxxxxx

xx

xxxxxxxxxxxxx. El tiraje consta de tres mil ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica *Borges*, diseñada por Alejandro Lo Celso para la fundidora PampaType. Concepto editorial: Hugo Ortíz, Juan Carlos Cué y Lucero Estrada. Formación: Esmaragdaliz Villegas Pichardo. Portada: Iván Emmanuel Jiménez y Daniel Centeno Fuentes. Cuidado de la edición: Elisena Ménez Sánchez, y el autor. Supervisión en imprenta: Esmaragdaliz Villegas Pichardo. Editor responsable: Félix Suárez.

